

LAS MUJERES EN LA ESCRITURA: ROSTROS PARA UNA IGLESIA EN SALIDA

María José Encina, ADSIS*

En medio de la vida de nuestra Iglesia, la Palabra de Dios es el mayor tesoro que tenemos para profundizar en nuestra vivencia de ser hijos e hijas. Ya nos lo recuerda la *Dei Verbum* al expresar cómo, a través de la Palabra, Dios sale a nuestro encuentro para entregarnos vigor y sustento en nuestro caminar comunitario.

Este tesoro, fundamento de nuestra fe, nos llama hoy a ser contemplado con nuevas miradas; esas que, a medida que avanza nuestra vida, nos invitan a dialogar y poner atención a nuevas situaciones, personajes, diálogos y enseñanzas. Nuestro mundo, la sociedad y la Iglesia se encuentran en un momento de profundo cambio, donde nos vemos invitados a ser protagonistas y a sostener una mirada contemplativa y orante sobre lo que aconte-

ce. Estamos llamados a pronunciar palabras de esperanza y amor, profetizando desde una experiencia comprometida que ponga por sobre todo la dignidad de cada persona humana.

En la Iglesia de Santiago, hemos comenzado el camino de las Orientaciones Pastorales 2025-2029. Estas nos piden poner especial atención en quienes compartimos nuestra cotidianidad, para ser faros que alumbren y den vida en medio de la ciudad. En este contexto, nos sentimos urgidos a redescubrir rostros que, en las páginas de la Escritura, guardan las claves para sanar nuestras comunidades y habitar nuestra ciudad con esperanza.

El objetivo de este artículo es adentrarnos en la riqueza de las mujeres de la Biblia. Ante la inmensidad

de figuras, reflexionaremos primero sobre la importancia de conocerlas, para luego mirar con detenimiento a tres de ellas, sugiriendo cómo pueden iluminar nuestra vida eclesial. Hacer este ejercicio de dar nombre y reconocimiento en los textos bíblicos no solo nos permite alcanzar nuevos aprendizajes, sino que nos dota de herramientas para abordar los desafíos sociales y eclesiales que se presentan hoy y que, en muchos casos, nos acompañan desde siempre.

Como bien señala la biblista Carmen Bernabé¹, conocer a estas

* Hermana Comunidad ADSIS.

1 Bernabé, C. (2007). *Mujeres con autoridad en el cristianismo primitivo*. Estella: Verbo Divino.

Para gran parte de nuestra sociedad contemporánea, la Biblia suele percibirse como un libro de estructuras machistas y excluyentes.

Sin embargo, si nos permitimos profundizar en la identidad de estas mujeres y en la relevancia que tuvieron en su época, esa imagen se transforma radicalmente.



mujeres nos permite recuperar una “autoridad de mediación” que es fundamental para el diálogo actual. A continuación, nos dejaremos interpelar por la Samaritana, María Magdalena y María de Betania: tres espejos donde el Santiago de las nuevas Orientaciones Pastorales puede mirarse para encontrar su propio rostro.

EL DESAFÍO DE LA MEMORIA

Cuando hablamos acerca de la importancia de reconocer a las mujeres en la Escritura, surge la pregunta por todo aquello que se pierde de riqueza en la propia elección de Dios. Si nuestra interpretación de la Palabra es sesgada, limitamos nuestra capacidad de profundizar en el

Misterio. Ya en un tiempo marcado por la exclusión, Jesús no solo se relacionó con las mujeres, sino que les otorgó una verdadera autoridad (*auctoritas*) en la vida de la Iglesia naciente.

Suelo realizar un ejercicio cotidiano con diversos grupos de personas: les pido que, durante un minuto, nombren a todas las mujeres del Antiguo o Nuevo Testamento que habiten en lo profundo de su conocimiento (les invito a que lo hagan ahora mismo). El resultado es revelador: en promedio, la lista no alcanza los 7 u 8 nombres, incluso en grupos con vasto conocimiento teológico.

Ahora bien, la pregunta que surge es: ¿por qué ocurre esto? ¿Por qué, al pedir el ejercicio contrario —nombrar varones de la Biblia—, la

lista se duplica o triplica con facilidad? Este vacío no es casualidad; es el reflejo de una mirada que necesitamos transformar para ser la Iglesia sinodal que la sociedad necesita.

Cuando en nuestro diálogo, tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella, las mujeres de la Biblia no aparecen, o las interpretaciones de los textos siguen siendo bosquejos sin fuerza, nuestro diálogo con la sociedad actual se entorpece. No permitarnos comprender lo que Jesús quiere evidenciar en estos pasajes, nos limita en la radical audacia del Maestro, quien en su tiempo llamó tanto a hombres como a mujeres a ser parte de su comunidad.

En este sentido, es fundamental recordar las palabras de Elisabeth Schüssler Fiorenza, quien al explicar la interpretación de los textos bíblicos nos advierte:

Más que tomar los textos androcéntricos como ‘datos’ que proporcionan información o como ‘informes’ precisos, debemos leer sus ‘silencios’ como prueba y signo de la realidad que callan. Más que rechazar el argumento del silencio como argumento histórico, debemos aprender a leer los silencios de los textos androcéntricos de manera que puedan proporcionarnos ‘pistas’ que nos aproximen a la realidad igualitaria del movimiento cristiano primitivo².

Esta vivencia de dolor por parte de muchas mujeres y de otras personas, queda claramente explicitado en el texto final del sínodo de la sinodalidad, cuando expresa en el párrafo 52 “Las expresiones recurrentes de dolor y sufrimiento por parte de mujeres de todas las regiones y continentes, tanto laicas como consagradas, durante el proceso sinodal revelan con qué frecuencia no logramos a hacerlo”³.

Por ello es que queremos en este artículo contemplar la importancia de estas mujeres bíblicas, en la búsqueda de esas “pistas” de igualdad y dignidad donde nos encontramos con tres figuras que rompen el silencio para hablarnos al Santiago de hoy.

LA AUDACIA DE JESÚS: UN VÍNCULO TRANSFORMADOR

Para trazar la senda que estas mujeres nos muestran, es necesario detenernos en la forma en que Jesús se relaciona con ellas. ¿Quiénes son?, ¿qué papel juegan en el movimiento del Maestro?, ¿por qué el vínculo que establece con ellas resulta tan disruptivo en su contexto social?

Para gran parte de nuestra sociedad contemporánea, la Biblia suele percibirse como un libro de estructuras machistas y excluyentes. Sin embargo, si nos permitimos profundizar en la identidad de estas mujeres y en la relevancia que tuvieron en su época, esa imagen se transforma radicalmente. Descubrimos que Jesús no solo las incluyó, sino que rompió los códigos de pureza y las convenciones de género de su tiempo para integrarlas como discípulas de pleno derecho. Redescubrirlas hoy no es un ejercicio de nostalgia, sino un acto de fidelidad a la audacia del Evangelio que cuestiona nuestros propios prejuicios actuales.

MARÍA: EL “HÁGASE” FRENTE AL RIESGO DE LA LEY

Realizando el ejercicio anterior de rescatar nombres y huellas, es fundamental comenzar con María. Se pueden decir tantas cosas de ella,

pero quisiera enfatizar un punto que en el diálogo actual resulta especialmente audaz: la conciencia de María al permitir que Dios actúe en ella.

Ese “hágase” está cargado de una entrega radical, no solo por lo que implica que el Hijo de Dios nazca en sus entrañas, sino porque María asume en su propia historia un riesgo real de muerte. Según el contexto legal de su época, recogido en el libro del Deuteronomio (22, 20-21): “Si no aparecen en la joven las pruebas de la virginidad, entonces se la sacará a la puerta de la casa de su padre y sus conciudadanos la apedrearán hasta que muera”.

Al decir “sí”, María no solo acepta una maternidad; acepta habitar la frontera de la exclusión y el peligro. Su fe es una fe que arriesga el cuerpo frente a una ley que castigaba con violencia lo que no comprendía. Esta audacia de María es la que hoy nos inspira, una fe que no teme las consecuencias de ponerse del lado de la vida, incluso cuando las estructuras o los juicios sociales digan lo contrario.

MARTA: MUJER DE FE

Otra mujer importante, y que se encuentra presente en un momento crucial, es Marta. Aunque es una figura muy nombrada, el discurso colectivo la ha encasillado frecuentemente como “la mujer del servicio”, limitando su papel a las tareas domésticas (Lc 10, 38-42). Sin embargo, en el Evangelio de Juan (capítulos 11 y 12), su rol se vuelve central y profundamente teológico a partir de su confesión de fe.

En boca de Marta aparecen las palabras: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que había de venir al mundo” (Jn 11, 27).

Es imperativo notar que esta confesión de fe es idéntica en peso y relevancia a la que tradicionalmente se le ha otorgado a Pedro en los evangelios sinópticos. En Marta se hace vida la figura de la mujer discípula, aquella que ha creído en Jesús y que, con su fe, permite que se realice la obra de Dios.

Esta fe de Marta conecta directamente con uno de los objetivos centrales del Evangelio de Juan. Si leemos con mirada atenta, encontramos una referencia cruzada vital con las Bodas de Caná (Jn 2). Tras aquel primer signo, el evangelista nos dice: “Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos” (Jn 2, 11). Años más tarde, ante la tumba de Lázaro, Jesús le recuerda a Marta esa misma promesa: “¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?” (Jn 11, 40).

Marta no solo sirve; ella es quien sostiene unos de los diálogos teológicos más profundos sobre la resurrección y quien, al creer, se convierte en testigo de la manifestación definitiva de la Gloria de Dios.

UNA IGLESIA EN SALIDA A LA LUZ DE LAS MUJERES

La importancia de reconocer a las mujeres de la Biblia radica en que podamos profundizar en lo que los textos nos revelan: una forma audaz y comprometida de ser Iglesia a tra-

2 Schüssler Fiorenza, E. (1989). *En memoria de ella: Una reconstrucción teológico-feminista de los orígenes del cristianismo*. Bilbao: Desclée de Brouwer. p. 72.

3 Documento Final de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, n. 52. (2024).

En el pozo de Jacob, la Samaritana y Jesús nos demuestran que una Iglesia “en salida” no es la que va a imponer verdades, sino la que se sienta a la mesa (o al borde del pozo) del mundo para reconocer la sed compartida y profetizar la esperanza desde la dignidad humana.

vés de sus diálogos, personajes y signos. El Documento Final del Sínodo, en su párrafo 51, nos recuerda que los Evangelios presentan a Jesús

constantemente en escucha de la gente que se encuentra con él por los caminos de Tierra Santa. Ya sean hombres o mujeres, judíos o paganos, doctores de la ley o pecadores, Jesús no despidió a nadie, sino que se detiene a escuchar y a entablar un diálogo⁴.

Es esta misma necesidad la que hoy se nos presenta como un gran desafío eclesial.

En este sentido, la figura de la Samaritana (Jn 4) se vuelve esencial para iluminar las actuales Orientaciones Pastorales 2025-2029 de nuestra Arquidiócesis. Jesús podría haber realizado otro camino que no lo llevara por Samaría; el conflicto y las dificultades para ese encuentro eran claras y conocidas por todos. Sin embargo, elige atravesar esa frontera. Ello nos invita a preguntarnos: ¿cuáles son los entornos que hoy, como Iglesia de Santiago, habitamos y de qué forma queremos dialogar en ellos?

DEL POZO A LA CIUDAD: HABITAR EL ENCUENTRO

La Samaritana está en busca de una profunda autenticidad. Más allá de sus prejuicios, ella permite el encuentro y no se cierra ante lo que ya

conoce. Esta mujer no solo nos enseña a abrirnos al diálogo con Jesús, sino a reconocer al “otro” —a aquel que piensa distinto, al que habita la otra orilla de la ciudad— como una persona absolutamente legítima de ser escuchada.

En el pozo de Jacob, la Samaritana y Jesús nos demuestran que una Iglesia “en salida” no es la que va a imponer verdades, sino la que se sienta a la mesa (o al borde del pozo) del mundo para reconocer la sed compartida y profetizar la esperanza desde la dignidad humana.

La Samaritana al reconocer a Jesús hace un camino personal, podemos notar su evolución a partir de los diferentes versículos del texto; cómo pasa de llamarlo “judío” (v. 9), a “Señor” (v. 11), luego “Profeta” (v. 19) y finalmente “Cristo” (v. 29). Este proceso se transforma en un testimonio: la Samaritana deja todo, y va en búsqueda de los demás, para anunciarles la Buena Nueva que ha recibido.

Para nuestra Iglesia de Santiago, este rostro nos interpela a una conversión pastoral profunda: pasar de una estructura de espera a una Iglesia que sale al encuentro en el “pozo” de la ciudad plural. El texto de las Orientaciones Pastorales nos recuerda:

(...) el desarrollo de una creciente pastoral en salida, que se realiza en el contacto de persona a persona, donde la Iglesia transite del adoc-trinamiento al diálogo personal,

pasando de una institución lejana o desvinculada de la realidad a una comunidad de hermanos que anuncia y testimonia la esperanza que salva, integrando adecuadamente lo espiritual, lo social y lo moral, conscientes de que primero va la fe, que exige intrínsecamente, por coherencia, la justicia⁵.

La Samaritana, al dejar su cántaro y correr a anunciar al Mesías, nos demuestra que la autoridad misionera nace del encuentro personal con Cristo y que el liderazgo femenino es, desde los orígenes, motor de evangelización en la esfera pública. Reconocer estas huellas nos permite, como pide el Sínodo y nuestras Orientaciones, construir comunidades más sanas, donde la dignidad de cada persona sea el eje de nuestro caminar compartido hacia una sociedad más justa y esperanzadora.

MARÍA DE BETANIA: MUJER DE LA ESCUCHA Y EL PERFUME DE LA GRATUIDAD

Si la Samaritana nos urgía a la salida, María de Betania (Lc 10, 38-42; Jn 12, 1-8) nos recuerda la raíz de toda acción pastoral: la escucha a los pies del Maestro. Ella es capaz de ser auténtica y valiente, dispuesta a romper con lo establecido, acercándose a Jesús, ungiendo, y secando el perfume con sus cabellos. María es capaz de reconocer su dolor y

necesidad, y transparentarlo ante los demás. Nos abre a la dimensión contemplativa y encarnada de nuestra fe.

En las Orientaciones Pastorales reconocemos (pág. 21) que

la ciudad de Santiago se presenta como una polifonía de hábitats, mundos, culturas, experiencias... Llena de riquezas y esperanzas, de dolores y sombras. Desde la fe, constatamos y apreciamos muchos signos del Reino de Dios en la ciudad, tales como la familia, la solidaridad frente a la adversidad, el creciente rol de la mujer en el ámbito social. Estas mismas realidades nos desafían, pues en la ciudad operan modelos que deshumanizan, como el individualismo, el consumismo y la pérdida del vínculo social⁶.

En un Santiago marcado por la prisa, el ruido y la autoexplotación, María de Betania se nos presenta como el ícono de la “mejor parte”, que no es otra que el vínculo personal con Cristo, que nos lleva al encuentro de los demás. Frente a la desintegración del tejido social que menciona el documento, María reconstruye el vínculo desde la presencia y la gratuidad. Esta mujer no solo escucha, sino que actúa desde el exceso del amor. Al ungir los pies de Jesús con el perfume de nardo puro, realiza un gesto que “llena la casa de fragancia”.

Para nuestras Orientaciones, este signo es fundamental: nos llama a una Iglesia que no solo gestiona recursos o soluciona problemas, sino que es capaz de la gratuidad. El gesto de María es la antítesis de la funcionalidad; es el reconocimiento de la dignidad del otro a través del cuidado. Reconocer a María de Betania en nuestra Iglesia de Santiago nos invita a preguntarnos:

¿Nuestras comunidades huelen a ese perfume de acogida y oración, o han perdido ese núcleo vital? Ella nos enseña que para ser una Iglesia “en salida”, primero hay que ser una Iglesia “sentada a los pies”, donde la escucha sea el primer acto de justicia y amor hacia el prójimo.

MARÍA MAGDALENA: TESTIGO DE LA ALEGRÍA Y ENVÍO MISIONERO

Finalmente, no podemos hablar de una Iglesia en salida sin detenernos en la figura de María Magdalena (Jn 20, 1-18). Si la Samaritana nos enseñó el diálogo en la ciudad plural y María de Betania la escucha encarnada, María Magdalena nos muestra el culmen de la vida eclesial: el anuncio de la Vida que vence a la muerte. Ella es la mujer que permanece en la búsqueda incluso en medio del dolor y la oscuridad del sepulcro, siendo la primera testigo de la Resurrección y enviada a anunciarlo a la comunidad.

En el encuentro con el Resucitado, María Magdalena experimenta la transformación definitiva. Jesús la llama por su nombre, validando su historia y su dignidad, y le confía el encargo más sagrado: “Ve a mis hermanos y diles...” (Jn 20, 17). En este gesto, ella se convierte en la “Apóstola de los Apóstoles”, rompiendo el miedo y el encierro de una comunidad que aún no lograba ver la luz. Su autoridad no nace de un cargo, sino de la experiencia personal de haber visto al Señor.

Para nuestra Iglesia de Santiago, este rostro es un llamado a la corresponsabilidad y al protagonismo de la mujer en la misión evangelizadora. Las Orientaciones Pastorales nos dicen (pág. 18):

(...) que damos testimonio del

Evangelio cuando intentamos vivir relaciones que respeten la igual dignidad y la reciprocidad entre hombres y mujeres, integrando una nueva comprensión del laicado y de los carismas y ministerios, ya sea, en la corresponsabilidad y el liderazgo, en la participación en la toma de decisiones y en la misión. Complementariamente, es imperativo generar una Iglesia ministerial y carismática que valore el rostro femenino y se encarne para ser una Iglesia misionera e itinerante⁷.

Somos una Iglesia que es testigo de esperanza en una ciudad que a veces parece un sepulcro de soledad; María Magdalena nos demuestra que el liderazgo femenino es, desde el origen, el motor que pone a la Iglesia en camino hacia los demás. Reconocer las huellas de estas mujeres —Marta, la Samaritana, María de Betania y María Magdalena— nos permite construir comunidades más sanas y audaces. Al igual que ellas, estamos llamados a dejar nuestros propios “cántaros” y miedos para anunciar, en cada rincón de nuestra ciudad, que el encuentro con Cristo es la fuente de una sociedad más justa, humana y profundamente esperanzadora.

4 Documento Final de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, n. 51. (2024).

5 Arzobispado de Santiago, Orientaciones Pastorales 2025-2029: Faros de esperanza para nuestra ciudad, Santiago, 2024, p. 23.

6 Ibid., p. 21.

7 Ibid., p. 18.